

produce. Porque si, en principio, esta inaccesibilidad de la "comedia mitológica" pudiera parecer la definitiva condena del espectador, éste, en el caso de que sepa ver y no piense que en el teatro sólo cuentan los argumentos y las palabras, adquiriera, a partir de ahí, y dadas las características insólitas de la obra, una gozosa libertad para sentirse asombrado cada vez que aparecen imágenes y episodios "nunca vistos" hasta ahora. Curiosamente, el fárrago mitológico, y aun la evidente intención didáctica de la obra, se convierten en un juego enloquecido, surreal, o, si se quiere, mágico. Dioses, héroes, nobles, damas, fieras, estatuas y graciosos se mezclan en una ceremonia de carreras y prodigios que casi nunca sabemos a qué vienen y, sin embargo, en los momentos de mayor creatividad visual nos deslumbran y divierten. ¿Será ése el modo de mostrar "una comedia mitológica"? ¿Entenderían mucho más los espectadores del tiempo de Calderón o la recibirían también como un juego fantástico? ¿Cómo racionalizar, clasificar, las historias, si todas ellas, confusamente mezcladas entre sí, son mágicas e incoherentes? ¿Y cómo entender esta desmesura, este desmadre imaginativo, en un drama didáctico? ¿No identificamos hoy lo didáctico con lo lineal, lo claro y hasta lo aburrido?

El espectáculo —la tradición empezó el pasado año— corrió a cargo del Taller de Tercer Curso de la Escuela. El Taller implica un total de 14 profesores que, de algún modo, afectando a los aspectos del espectáculo relacionados con su especialidad, han intervenido en él bajo la dirección de Pepe Estruch. Quizá esta "diversidad" profesoral contribuya todavía más al carácter singularísimo de la representación, a cuanto hay en ella de mezcla de fragmentos desiguales, de teatro imaginativo junto a escenas rutinarias.

Una cosa sí está clara: "La fiera, el rayo y la piedra" era una obra en verso y acción enrevesada para que prevaleciera el valor de los actores. ¿Cómo decir y actuar esa obra? En cambio era pintiparada para que se asomara el genio en muchos trozos del espectáculo, en especial en sus imágenes. Y, en todo caso, para que volviéramos a interrogarnos, desde la butaca de un teatro, por

el verdadero valor de nuestros clásicos, esos desconocidos... ■
J. M.



David Hockney, en Madrid

Por fin una holgada representación de Hockney en Madrid. En la galería Grupo 15 han reunido dieciséis litografías y dos aguafuertes, casi todos de gran tamaño, de este importantísimo pintor inglés. Se trata de la serie de retratos *Friends*, en los que aparecen un grupo de amigos del

artista que van desde el director cinematográfico Billy Wilder, el crítico Henry Geldzahler y distintas figuras próximas a Hockney, entre los que hay modelos, artistas, editores y coleccionistas de arte. El fértil amiguismo de Hockney nos permite corroborar una vez más la calidad de este discutido artista, que tanta hue-lla está dejando entre algunos de los pintores españoles de la "nueva década". Al pintar, al dibujar a los seres que le rodean y perpetuar la imagen amable de su medio, Hockney no puede evitar la insistente práctica del autorretrato. Siempre hay un espejo, una ventana lustrosa que lo denuncia, cuando no es el narcisismo inherente a toda empresa artística y a todo intento de perpetuación de lo que es de uno.

"Henry with Tulips" (1976), de David Hockney.



Hockney retrata no sólo con la habilidad del dibujante perfecto, sino con las señales de su personalidad marcadas en los demás: y al retratarlos los hace aún más suyos. Quizá en el ritual del retrato se consume definitivamente su apropiación.

Las litografías son ya el único medio de acceder a Hockney que puede tener un coleccionista modesto, si llamamos modesto al que pueda invertir a partir de las treinta mil pesetas en una obra gráfica y quien no se asuste ante la nada remota posibilidad de que una de estas obras ascienda a las doscientas mil. Asombra al neófito el enorme valor comercial que a la obra gráfica se da en el mundo anglosajón. Y el asombro puede ser mayor entre los que aún hoy, en los umbrales de los ochenta, siguen manteniendo los viejos prejuicios ante esta limitada proliferación de la obra original que es la litografía y adyacencias.

Una exposición ejemplar que invito a visitar a los amantes de Hockney, a los que aún lo desconocen y a los que recelan de la obra gráfica. ■

Brinkmann

A los dos años de su última exposición en Madrid, vuelve Enrique Brinkmann con una pequeña muestra antológica (óleos y dibujos) en la galería Rayuela de Madrid. Un repaso rápido de los mejores momentos de este pintor y una recapitación acerca de las encontradas posibilidades de un arte maduro y coherente. Los óleos de gran tamaño, los dibujos esperpénticos y la cuidadosísima labor de grabador ilustrando a Villamediana, están aunados por una misma voluntad dramática y un tratamiento exuberante e imaginativo de ese drama. Paisajes imposibles de minerales multicolores, o retratos igualmente imposibles de desgarrados seres que parecen confiarnos sus espantosos secretos y ofrecernos cada uno de sus estigmas y de sus muecas. Los rostros se hacen materia de paisaje y el paisaje natural y roturado ofrece rasgos devorados del hombre. Y en todas partes una alta cuota de sensualidad que nos hace sentirnos turbiamente atraídos por esas figuras o nos despierta un rechazo violento. Un arte auténtico jamás contempla la indiferencia. ■
MARCOS RICARDO BARNATAN.